

La utopía de Nils Holgersson¹

*A los hombres del Veracruz,
todos*

Hugo Luis Sánchez

«[...]»² AL BORDEAR EL CABO DEL EXTREMO OCCIDENTAL de la Gran Isla y adentrarnos en el Caribe y como si en el recodo nos estuviera acechando lo innombrable junto a todos los demonios de la lluvia, el viento y la furia misma, nos atacó un huracán tan soberbio como jamás yo ni nadie habíamos padecido.

»Nació por el viento de popa y se empezó a anunciar un día antes, a la manera de estas aguas que, cuando bullen, desde sus profundidades hacen emerger presagios que los marinos aprenden a descifrar. Son mensajes de infortunios sólo percibidos por quienes someten sus vidas a los caprichos del mar.

»Aquí les viene a los humanos sentir que están descubriendo algunos leves secretos en los rizos inusuales de las olas y en la brisa que trae el aroma del salitre en compañía ahora del olor a aguaceros, precipitados en algún otro lugar.

»Entonces el hombre se nota molesto, se siente molesto, con hormigas dentro de los pantalones, camina de un lado para otro, no cabe en su litera, se asfixia en cubierta y, al fin, al decidirse a buscar en la mirada de otro compañero el motivo de su inquietud, comprende de golpe lo que se avecina, y tiembla y en ocasiones grita y hasta llora en su pavor. Un marino también puede llorar; de hecho, los marinos suelen llorar lágrimas a cada rato y decir que es únicamente sudor y aquí uno no debe preguntar y sí entender que es un tipo verdadero de sudor. Esta gente vive para recordar, que es una de las enfermedades de los humanos, y cuando del dolor de un recuerdo ya está llena, de imágenes de remembranzas y evocaciones, entonces muere por completo y de una sola vez y para siempre.

»Decía que en aquella oportunidad se formó un magnífico cono de viento, nubes y agua de fuerza bestial que le imprimió gran velocidad al *Bruja*³. El galeón español subía hacia el cielo, hasta donde deben estar los astros, o bajaba bruscamente a los abismos, para casi tocar el mismo suelo del infierno, mientras dejaba el espíritu de la tripulación vagando en esa incierta zona intermedia entre todo el bien y todo el mal.

»Yo sentía el alma abandonándome a tirones no sé hacia cuál de estos polos y, cuando más temí ser devorado por las aguas, decidí atarme al palo mayor y así también repetir una de las historias que había escuchado relatar hacía algo más de diez años, durante un viaje en el *Philantropist*⁴.

»Allí aprendí, además, que, observando el comportamiento de los barcos en el mar, cuando está embravecido y la nave es ruda, cuando está calmo y es amable, el hombre puede llegar a conocer cómo dominar sus fuerzas para lograr, para tratar de lograr, lo que uno se propone en la vida. Y supe que el agua y el viento ayudan, más que cualquier otro elemento, a limpiar de tierra la piel y de sueños la mente.

»La tempestad sólo duró la mañana, la tarde y la noche de aquel día, suficientes para abrir la prisión a los olvidos.

»Al amanecer, de regreso de la muerte, el mar estaba sereno, sereno y azul, tranquilo; reposaba la fatiga como si él hubiera poseído con violencia a la naturaleza y llevado a naufragar mi espíritu de náufrago.

»La cubierta quedó totalmente sin objetos. Lo que no había sido bien fijado e incluso aquello que sí, ya no se veía en muchas millas a la redonda. Las cosas habían sido deglutidas y hasta terminada la digestión no reaparecerían de seguro, en otro océano.

»De todo ello hay un hecho que no obstante resalta sobre los otros en el recuerdo y pienso es debido a que las muescas en la tabla de mi pensamiento aquí fueron más incisivas: cuando las sogas, el agua y la sal me quemaban de vellos, las entrañas, entré en diálogos personales con la nave como suele ocurrirnos a quienes entendemos el lenguaje en el aliento de los cuerpos inanimados.

»Conocí entonces algo que me atormentaba en sueños y procuro esquivar al imaginarme lo que soy capaz de confesar, algo sobre el destino que arrastro y requiero cumplir en la oportunidad de mi tiempo, porque cuando el hombre libera su cuerpo de todas las pasiones o renuncia a ellas por cualquier motivo para ver la vida como quien va a horcajadas sobre el cuello de un ganso, está en condiciones de interpretar cabalmente sus signos: llega así a descubrir que él ha sido designado para los más nobles empeños y no consumirse en [...]⁵ o socialistas.

»En aquel momento sentí un aire cálido que me iba curtiendo y envolviendo en un agradable sopor, al infiltrarse entre las cuerdas que me aprisionaban con el mástil, y me besaba detenidamente la espalda con sus labios de luz; porque así fue. Al volver la cabeza con el presentimiento de que existía una tierra detrás de mí, observé por primera vez el sur de la Isla y en ella la proyección de cierta historia que me esperaba a unas cincuenta yardas. Alcanzar el destino con nada más que extender las manos, ver a través de

una grieta cómo el tiempo se desdobra impasiblemente frente a ti y tropieza en el borde fronterizo al pasar de una época a otra, constituye una de las más desconcertantes y hermosas revelaciones a las que somos expuestos algunos mortales.

»Me parece que por un milagro, por un estricto milagro, el velero no estaba encallado. Supongo había quedado detenido en su avance por un muro de algas y peces-plantas, entre los que se encontraba perdido el timón, lo único con algún daño de importancia en toda la pequeña nave.

»Fue un milagro o más bien el resplandor de ese enigmático trayecto que desde entonces prolonga esa ansiedad mía de acariciarme con esta arena de oro, y de llenar mis ojos y mi cuerpo de verde, de espesura, y de la infinita transparencia de las aguas. Son sensaciones de las que uno no puede sustraerse, ni aun naciendo aquí, y creo, además, que reverdecieron otro nacimiento en mí y me despertaron esos olvidados y fantásticos sueños del utópico de siempre que soy yo.

»Supe después que por estos parajes la plataforma submarina no se introduce, en algunos casos, gradualmente en las profundidades descendiendo por escalones naturales, como personas entendidas sostienen, sino que se precipita de súbito al terminar la orilla pudiendo aproximarse incluso naves mayores sin topar el fondo. Por eso el *Bruja* no fue destrozado contra los arrecifes al preferir deslizarse por lo que, pudiera decirse, es el camino del límite entre el mar y la costa sumergida de la Isla.

»En nuestro caso, nos habíamos podido adentrar aún más en la costa debido a que el galeón fue suspendido por la tormenta y pasó ligero entre espesos manglares, recostados por el viento del huracán, a través de un canalizo de mar formado por algún viejo río u otro fenómeno del terreno tan frecuentes en lugares como éste donde la naturaleza acostumbra a jugar y a dejar sus huellas y sus caprichos entre la floresta y las aguas.

»La calma chicha en que estábamos inmersos fue rota por el ancla al caer. Cada cual despertó de su letargo, espantó como pudo el agotamiento, buscó en lo más recóndito las últimas energías y comenzó a desatarse de las sogas y los miedos para dar cabida a la curiosidad que vendría después.

»El que acabó primero ayudó a los restantes, sin dejar de observar de hito en hito la costa. Atendimos a los heridos, de contusiones leves la mayoría de ellos. No hubo, pues, que lamentar fracturas.

»Reunidos todos en cubierta, ocupados en estos trajines, presenciamos la ceremonia con la que el capitán, uno de esos individuos que invariablemente tienen una sombra en la frente, rendía gracias a Dios por habernos salvado.

»No me gustan las plegarias y mucho menos las de los improvisados, así que busqué algunas ropas secas en el bolso que guardaba en el camarote y me puse a ayudar en las tareas de achique. Teníamos que aprovechar la tranquilidad por si se presentaba una nueva tormenta o el tiempo empeoraba.

»Aunque parezca extraño, nadie mencionó la tierra que se imponía con todos sus detalles, llegando a parecer que el barco estaba en el corazón de una selva y no en un pequeño canal.

»Caminamos de proa a popa, de babor a estribor, ascendimos a los mástiles y descendimos a las bodegas, siempre mirando de reojo lo que nos circundaba. Cuando llevábamos en este estado un lapso ni largo ni corto, nos pareció que hasta el velamen en reparación era verde. Entonces el Capitán decidió ordenar a cinco hombres bajar en busca de madera para reparar el timón en lo posible o, en último caso, preparar uno provisional.

»El carpintero dijo que lo único perdido era el gobernalle. El herraje que sostenía el timón al barco permanecía intacto, por suerte, pero del resto no había señal alguna; de todas formas, en caso de que el mar lo hubiera reclamado todo para sí, entonces tendríamos que servirnos de la mesana para suplir esta debilidad y decidimos a pasar trabajos adicionales, que por ser trabajos y adicionales están de más.

»Armados con dos escopetas y algunas hachas, nos fuimos en el único bote que quedaba a nuestra disposición y que, al llegar a la orilla, se introdujo suavemente como por miedo a herir la playa.

»Cada uno vacilaba en si poner o no, pie en tierra, mientras escudriñábamos con los remos en alto la vegetación que se presentaba ante nosotros, en busca de algún indicio que nos probara si íbamos a ser bien recibidos en el Paraíso.

»No recuerdo cuánto estuvimos al acecho con las armas preparadas, pero sí el tremendo grito del capitán reclamándonos actuar y que nos hizo caer de boca sobre la arena, con remos y todo, y empezar a caminar a tropezones hacia el bosque.

»Pero a la hora ya de adentrarnos en esa maleza, con enredaderas nacidas desde las nubes, el miedo nos solidificaba las piernas y yo sentía que nos arrastrábamos como quien lleva mucho hierro en su armadura.

»En eso, uno de los marinos de cubierta se trabó los pies con una raíz sobresalida del suelo y fue a parar de bruces a otro arbusto próximo, no sin antes cerrar los dedos y accionar el disparador de su fusil que por el traspíe apretó contra el esternón para su más completa desgracia, según comprobamos después.

»Inmediatamente, el sonido de la civilización se amplificó por todos los rincones. El eco cesó ahora tan pronto como antes violara la tranquilidad, dando paso a un súbito encantamiento: bandadas de cotorras y pájaros, de tantos colores como el hombre es capaz de imaginar y otras tonalidades insospechadas, quebraron la atmósfera y desataron, con su aleteo, una lluvia de pormenorizadas flores en lento descenso desde lo más alto de la arboleda. Las flores giraban en sí durante la caída, mientras a cada vuelta centelleaban en los rayos de luz filtrados por las barreras del bosque, incidiendo sobre la tierra como cenefas.

»En lugar de correr, quedamos petrificados mirando hacia arriba, cual si estuviéramos asistiendo al frágil nacimiento de un mundo divino susceptible de esfumarse, incluso si nos permitíamos liberar un poco de nuestro aliento.

»Al parecer, aquí todo es muy dado a estimular el placer de la contemplación.

»Cuando nos repusimos, encontramos el cadáver del tripulante sumergido en un colchón de hojarasca y con el semblante cubierto de flores de polen, entrapadas en la barba y en los vellos. La bala había abierto labios al pecho, mostrando el músculo del corazón lleno de una espesa sangre renegrida.

»Dos hombres lo cargaron en vilo hasta la playa y lo subieron al bote, en espera de reunirnos para llevarlo hasta el barco. El resto talábamos la madera, en su mayoría muy dura, y de un tipo desconocido, pero que el carpintero, después de varias pruebas, había asegurado.

»Al aproximarse el bote con el cadáver al *Bruja*, vimos cómo el capitán, que al igual que el resto de la tripulación había escuchado el disparo, observó al marino muerto y ordenó enterrarlo en lugar de echarlo al agua según dicta la costumbre. Dijo, como supimos más adelante, que si las desgracias de la tierra eran llevadas a bordo, entonces el mar se enfurecía.

»En parte creo que tuvo razón. Es verdad que el mar y la tierra son seres diferentes, en ocasiones, entrañables amigos y complementos; en ocasiones, pasiones contrarias, muy contrarias. Para nosotros, simples mortales, resulta imposible conocer con exactitud estos estados de ánimos, por lo que se hace mejor en no jugar con la suerte.

»Los escasos troncos que hicieron falta los subimos a la nave, y al atardecer ya partíamos rumbo a Gran Caimán, con un pabellón rojo en el palo mayor, en señal de socorro. El capitán no confiaba en el trabajo de los carpinteros. Creo que no confiaba en nadie.

»El *Bruja* abrió el velamen y navegó, mientras yo me despedía de aquella tierra baja, llana, de arena y roca. Es un hecho que tengo presente. Hay momentos en que uno tiene presente algún hecho y también las sensaciones que lo acompañaron. Me ocurre con frecuencia. Consiste en palpar determinada situación a partir de un recuerdo y las señales que lo evocan, desde alguna involuntaria y caprichosa conexión de la memoria.

»Apoyado en la baranda, yo miraba la nave surcar el agua y la espuma nacer y deshacerse repitiendo esa vieja trayectoria de lo que nace y muere, se repone y vuelve a nacer en otras espumas, en otros confines cuando llegan los barcos a ellos. En este ejercicio de meditación brotó la idea de apoderarme del *Bruja* y utilizarlo para edificar un pueblo mío en estos parajes. En definitiva, si algo tenía que surgir, entonces que surgiera lo mío: había recibido la fuerza para ello.

»Deseché el impulso original de provocar un motín a bordo, porque en verdad siempre he sido un pedante leguleyo. Entonces se me ocurrió ganarlo con los naipes, de los que el capitán era fiel devoto y yo hábil jugador, entretenido por tantas y tantas descansadas horas de ocios y perezas.

»Pensaba de esta manera cuando el barco atracó en el puerto de West Bay, el único decente que existía en esas islas británicas, y yo desembarqué llevando aprisionado en la axila *La República*⁶, que, ya lo he dicho, siempre me acompaña.

»En la nave no había más trabajo para mí hasta tanto fuera a zarpar de nuevo y se llenaran las bodegas. Así pues, me dediqué a la descarga de otros buques compartiendo los almacenes de los muelles con la población de chinos, hindúes, daneses, negros libres, criollos y súbditos miserables de la Corona, que lo colmaban.

»De esa forma conseguí más de los treinta dineros necesarios para apostar desde fuera de la mesa de juego y ganar, claro está, ya que no podía ocurrir de otro modo.

»Siguiendo al capitán, yo también comencé a frecuentar una de las tabernas levantadas sobre pilotes en el muelle. Se distinguía por sus fuertes olores a tabaco y a licor; con mostrador elocuente, de noble madera, lleno de disputas; con paredes que, de nuevas, ya estaban podridas; con mujeres de mucha falda y cosméticos, y hombres de muy cuidadas patillas y reciedumbre.

»Allí se daba cita cuanto marino cruzaba por el pueblo. Su calidad de solitaria la hacía concurridísima, a pesar de su fama y de los debates que en ella constantemente se dilucidaban.

»Gané mucho ese día desde fuera, y los que siguieron también: *many a mickle maks a muckle*⁷. Mejoré algo mis ropas, si es que así se podían llamar, y me preparé para el momento decisivo. Ya era uno de los cuatro jugadores de mesa. El capitán no faltó. La batalla dio comienzo. Bien entrada la noche, los otros contrincantes se separaron, presintiendo mi destino, que yo a ratos creía dibujado con signos en el humo de los cigarros. Quedamos él y yo. Perdió todo su capital. Supe que había llegado mi oportunidad cuando vi centellear las bujías del local en sus ojos y se ensanchaba la sombra de su frente, a la manera de la tormenta creciendo desbocada en el cielo.

»Lo tenía bien estudiado y sabía que ahora era el momento preciso, es decir, ese segundo en la vida que uno requiere atrapar o estarse lamentando para siempre de haberlo dejado pasar. Le propuse una participación en el *Bruja* contra la mitad de mis monedas si perdía la mano. Su soberbia fue tal que decidió jugar su barco completo contra lo mío. Todo ocurría como lo tenía pensado.

»Perdió. Se opuso a lo pactado después de un agrio intercambio de palabras que terminó con una mandíbula rota; vino el pleito; se celebró en el recién instaurado Juzgado Real de las Indias Occidentales y duró, tan sólo, dos golpes seguidos del mazo del magistrado.

»Entonces anduve con suerte, quizás la despilfarré, quizás no.

»Me dediqué después a buscar un grupo de hombres capaces de seguirme. Averigüé entre carpinteros, di con un ebanista; entre marinos, mujeres fuertes, agricultores, artesanos, un entendido en hierbas medicinales; entre hombres y mujeres buenos y malos porque mi pueblo sería un lugar en la tierra, aunque fuera la condensación de mis anhelos. Un lugar en la tierra tiene de bueno y de malo, si no, es falsedad. No fue fácil dar con ellos, dar con una tripulación para un extraño viaje a caballo entre el sueño y la realidad.

»Cuando todo estuvo, salí por mujer para mí. Con cierta puntualidad asistía, por aquel tiempo, guiado por la turgencia a proa de mi miembro, a La Rosa Oculta. Era un lupanar alegre, como puede aún serlo hoy, y sucio, y tenía tanta hembra cansada y joven...; pero no era aquello lo que más me seducía, ni los rostros pintarrajeados para la guerra del amor ni los vapores del vicio, sino el ambiente de las señoras. Porque para el mundo es una suerte que existan putas, es una suerte que esté poblado de putas que se visten como putas, que ofrecen la alegría de sus pechos de remanso, como sólo lo saben hacer las putas, para que uno apoye la cabeza: que sienten como putas y piensan públicamente de forma despreocupada, alegre y puta. Era lo que yo prefería. Y

fui por ella, por Clara Kimball Young, por su risa, sus dos trenzas negras y la forma desenfadada de hacerme creer cada vez que yo era su único hombre.

»A la mañana siguiente, sobre esperanzas y esperanzas, partimos. Éramos, por parejas: George Larkin y Ruth Roland, Duntin Farnum y Leonore Ulrich, Wallace Reid y Gerald Farar, George Walsh y Marguerite Clayton, Henry B. Walthall y Pearl White, Robert Edeson y Dorothy Dalto, Frank Keenan y Violet Mersereau, Tom Mix y Ethel Clayton, Bryant Washburn y Bessie Barriscale, Thomas Meighan y Lillian Walker, H. B. Warner y Fannie Ward, Earle Williams y Viola Dana, Antonio Moreno y Wanda Hawley, House Peters y Louise Glaum, William Farnum y Dorothy Gish, Harry Morey y May Allison, Sessue Hayaka y Mary Fuller, Jack W. Kerrigan y June Caprice, William S. Hort y Mabel Normand, King Baggot y Edith Storey, William Farnum⁸ y Marguerite Clark, y nosotros dos. Lo recuerdo como si fuera hoy, en caso de que hoy no esté siendo.

»La travesía se hizo sencilla. Las velas de los dos únicos palos, como senos de muchacha, se inflamaron noche y día. Bordeamos la costa hasta que di con el lugar donde había cortado los árboles, no porque hubiera quedado rastro alguno de nuestro trabajo, que la vegetación se había encargado de borrar, sino porque era decididamente allí.

»Desembarcamos del arca las veintidós parejas y nos reunimos en un tronco caído, ya cubierto por debajo de una abundancia exagerada de hongos blancos, helechos, líquenes y musgos. El árbol muerto es una señal que aún subsiste, que me va a ver desaparecer y que quedó como el monumento que incluso la maldad se vio obligada a respetar.

»Todos me escucharon. Las mujeres sentadas y los hombres de pie, a sus espaldas. Les dije que nos consagraríamos al trabajo, que la tierra era santa pero sin otros dioses como no fuéramos nosotros mismos; les señalé que todas las diferencias habían quedado atrás y que codo a codo habría de empezarse la labor porque nadie debía considerar el sudor como una afrenta, y expliqué que nuestras acciones tenían como fin la búsqueda del placer y la felicidad. En definitiva, una sociedad sin utopía es una sociedad carente de imaginación y una sociedad sin imaginación nada puede esperar de la convocatoria del buen futuro.

»También hablé del amor y de la necesidad de poblar el lugar; que nos esperaban tiempos crudos y que creía en el hombre, como aún creo y siempre voy a creer. Les dije lo que antes de embarcar le había dicho a cada uno por separado.

»Hicimos las casas. Todos fuimos de todo. Las levantamos en hilera, a cada lado de lo que inicialmente fuera una explanada. Se encontraban entre el tipo inglés dejado en las colonias antillanas y el americano del Sur. Casas frescas con anchos corredores y puntal alto para el alivio del calor de este lugar muy húmedo y lluvioso. Aquí el calor es como una sombra que siempre va junto a ti y que en este caso incluso no se separa de tu cuerpo, ni en las noches cuando no hay luna y la más negra oscuridad cubre el planeta.

»Las casas tenían tallados números en los dinteles, para los tiempos venideros, también con las filigranas y los caprichos particulares de sus moradores, con el toque de individualidad de cada uno.

»La primera, de Este a Oeste, la mía, llevaba un gran tablón aún sin rotular en el que pondríamos el nombre del pueblo cuando así fuera decidido por sus habitantes.

»Claro que desde un inicio las cosas no fueron así. La tarde que llegamos, mandé a preparar una patrulla de exploración para buscar dónde pasar la noche, con tal suerte que a las dos horas ya encontrábamos lo que después supimos era la única cueva por todo aquello. Por su intensa iluminación de agua haciendo serpentinas en el techo, la llamábamos Gruta Azul.

»Allí montamos nuestra base provisional de operaciones y fuimos construyendo las casas. Los más viejos lo hicimos primero porque el tiempo de que dispone un hombre de cierta edad para dejar descendencia puede llegar a ser muy corto. Es sabido que hay un momento en que las mieses dicen: «Hasta aquí estuvimos contigo, ahora dínos adiós».

»Eso en un sentido; en el otro, el asunto consistía en que un número importante de nacidos de diferentes padres nos aseguraba apareamientos sanos y una descendencia sin taras. Así, basado en este principio más que justo, y en la medida en que eran edificadas las viviendas, enviaba enseguida a habitarlas.

»Aquella cueva era tan hermosa que yo tenía miedo de que termináramos volviéndonos hombres de las cavernas. Ahora hace muchos años que no la visito; espero que aún se mantenga en buenas condiciones para cuando retornen colonos, conquistadores procedentes de otros pueblos sanos o que quieran ser sanos. Yo presiento que ese tipo de gente todavía debe existir.

»No nos fue necesario construir de inmediato aljibes, gracias a que el río nos traía el agua hasta muy cerca de las casas. Río no, más bien era un riachuelo al que simplemente nombrábamos así, Riachuelo. Tampoco se hicieron cementerios ni iglesias; yo no creo que la gente deba venerar. Cada persona escogía el árbol donde quería que reposaran sus restos y así se haría. Si alguien deseaba recordar al ser querido, se podría dirigir a ese sitio y evocarlo, nada más.

»Claro está que las maderas no escasearon. Las largas tablas partieron de las trinchas a las paredes, a los tejados inclinados, a los botes y se transformaron en camas, mesas, sillas, es decir, y en aquella silla de cada cual, donde se espera que la tarde al fin duerma.

»El alimento tampoco era asunto de preocupación. Es el caso de que los peces hacen ricos estos mares y son tantos y de tan fácil captura que uno llega a pensar que se nos ofrecen en voluntarios sacrificios, porque otra explicación no existe. Se atrapan grandes con un lunar oscuro casi en medio del cuerpo, y otros de igual tamaño, pero de manchas como óvalos y más jugosos.

»Al Oeste nos quedaba una ensenada y una laguna de agua espesa infestada de caimanes tan magníficos que cuando simulaban descansar asemejaban leños flotando a la deriva. Si alguien se perdía allí o aparecía vacío uno de nuestros botes, no valía la pena buscar mucho, y así se hizo por dos ocasiones. He sabido que incluso aprendieron la maldad de voltear embarcaciones pequeñas para dar cuenta de sus tripulantes. A pesar de que sólo comen cada siete contados días, estos animales siempre se encuentran hambrientos y eso se debe a su número elevado. En algún momento discutimos sobre la posibilidad de

que guiados por la desesperación y el hambre se dirigieran hacia aquí desde esa laguna, donde parece que a estas alturas ellos eran los únicos habitantes.

»El asunto era que gozaban de muy duras cubiertas, que, además, eran irregulares y costaba esfuerzo poder penetrarlas para darles muerte, aunque igual eran pieles resistentes y hasta hermosas de muchos usos, pero la gente las rechazaba con asco. Por ser de seguros parientes de dragón, para darles entonces muerte se requería voltearlos y dejar su panza blanca y blanda expuesta a la muerte.

»También teníamos a nuestro favor la ubicación hacia el Poniente, lo que hacía que los vientos alisios fueran más débiles y el mar se presentara tranquilo. Las maniobras para fondear y las de descarga tampoco eran difíciles.

»Levantamos corrales para las gallinas, el gallo, cuatro cerdos y la pareja de caballos de Noé, e igualmente jaulas para la cría de las tantas cotorras que aprendían por ellas mismas nuestra lengua. Para no mermar la cría y contribuir a la reproducción únicamente comíamos pescado y frutas silvestres, de las que aseguro que siempre fueron abundantes.

»Terminamos la febril construcción. Quedó una mujer sin embarazar, aquí la fertilidad está en el aire. Al parecer, Clara no respiraba adecuadamente o por lo menos no tanto como debió.

»Procurábamos que el pueblo estuviera apartado y protegido por un bosquecillo de pinos, asimismo, que no pudiera ser visto desde el mar; levantamos para la vigía una torre triangular oculta, porque en ocasiones se divisaban naves a lo lejos que debían ser las de los corsarios de Dampier en busca de refugio y alimentos o de piratas en dirección hacia el Norte, a la Gran Isla donde se sabía existía una guarnición española que hacía sus días en el comercio de rescate.

»Después edificamos un puerto pequeñito y una tienda que haría las veces de ferretería y bodega de víveres.

»No hacíamos nunca festejos y como aquí no nevaba ni hacía frío, ni siquiera la Navidad era tenida a menos; yo pensaba que cuando el trabajo aminorara y llegara un poco de riqueza y seguridad, ya veríamos cómo hacer convidadas por lo menos en la época de recordación de la llegada y fundación del villorrio. A mí no me gustaban las fiestas, esa es mi confesión.

»En el primer largo viaje del galeón al mundo, que siempre se hacía rumbo al Sudeste, unimos un médico al grupo, con el que ya había conversado la primera vez y quien vino a decidirse justo ahora. Nos vino bien, porque en una discusión entre dos de nuestros hombres, por razones que no llegué a entender del todo, uno resultó herido y por entonces no había nadie con suficientes conocimientos para curarlo. La humedad aquí infecta rápido las heridas. Casi muere.

»La venta de loras y madera permitía comprar algunas cosas, entre ellas nuevos y mejores avíos de pesca, aperos de labranza y otros animales que ya hacían falta al hato como vacas, cabras, y repusimos algunos que habían muerto. Adquirimos también ovejas.

»Al mismo tiempo, el pueblo crecía. Los muchachos cada vez eran más numerosos. Cada mujer tuvo los que le fueron posibles. Comenzamos la siembra. Los animales se reproducían con facilidad, en menor número las ovejas, que morían al mínimo descuido por enfermedad purulenta en los cascos. Los

partos no faltaban, y todo lo que sembramos se daba a plenitud. Sobre todo las cebollas y las papas, que incluso llegaron a darnos semillas resistentes; también ocurría así con la lechuga, la remolacha y los nabos.

»La escuela, ya con ocho meses de fundada, primero estuvo como una pieza más de la trastienda del almacén, hasta que llegó a ser una casa anexa con una campana, venida en el primer viaje. En la campana escribiríamos el nombre del pueblo, una vez que yo decidiera cuál sería. Después dispuse subirla a lo alto de la atalaya y tajarla de día con un manto oscuro, no fuera que el reflejo del sol de alguna manera anunciara nuestra presencia y le diera un lugar preciso a la curiosidad. ¿Ya había dicho que levantamos una atalaya?

»Cuando lo fundamental estaba listo, nos dedicamos a hacer un refugio en Gruta Azul, donde ocultarnos en caso de que fuéramos atacados o algún mal tiempo nos obligara a ello. Enemigos nunca faltan.

»La cueva tenía un salón central muy espacioso y diríase que pulido. Parece que en algún momento y durante mucho tiempo, el mar estuvo entrando y saliendo, limando las irregularidades de la superficie. Incluso encontramos restos de peces y conchas, y en un pequeño lago de agua dulce que después descubrimos cuando nos adentramos, hallamos una colonia de anguilas ciegas que el japonés Sessue preparaba con especias, traídas por él mismo en posturas luego sembradas en su huerto.

»De estos cultivos, que transportó con mucho cuidado en cajones con tierra hasta depositarlos aquí, yo nada más conocía la achicoria silvestre y la coliflor, que son más universales, por decirlo de algún modo.

»Las anguilas, cocinadas y elaboradas con cuidado, constituyen un manjar exquisito que muchos seleccionaban como el plato de las ocasiones especiales.

»Es increíble el apego que algunos hombres manifiestan por trabajos estrictamente particulares. Nadie sabía con exactitud desde qué lugar venía Sessue trasladando estas hierbas ni qué vicisitudes tuvo que afrontar para que las plantas sobrevivieran de isla en isla y se adaptaran. Para él, como para el carpintero sus herramientas y para el labriego las suyas, ello constituía más que un simple sacrificio y en cada cultivo que nacía, nacía Sessue, y en cada uno que moría, moría él. Así es como el individuo se reparte y se multiplica en la naturaleza y la sociedad, que significan lo mismo.

»Sessue nos dio de paso una sutil lección: al hacer que admiráramos su empeño también sin querer subrayamos nuestro despego a lo que la tierra nos ofrecía en los lugares de origen de cada uno de nosotros. Ni los europeos vinimos con coles, ni esa otra versión de los europeos que son los norteamericanos se trajeron el maíz consigo en el primer viaje. Después nos enmendaríamos.

»En el techo de la cueva existían tres agujeros por donde entraba parte del día y de la noche, cuando había luna llena, y que permitían circular el aire libremente, por ello el humo de las fogatas no molestaba a nadie.

»Por los alrededores crecían unos árboles a los que se les desprendía la corteza como si se desollaran ellos mismos. Si nosotros los tomábamos y con ellos ahumábamos las carnes en la cueva, éstas adquirirían un sabor diferente a

cualquiera de los logrados en otra parte con el mismo procedimiento, además de que se conservaban durante largo tiempo.

»Pero todo esto eran detalles insignificantes comparados con el sonido que producía el agua en la cueva. Era más bien una melodía embriagadora. Cuando uno estaba allá dentro perdía la noción del tiempo y era muy usual ver a alguien totalmente detenido, embelesado. Pienso que hubiera sido fatal para la mente de una persona sola vivir en la cueva, porque no sé lo que ocurriría si cayera en uno de esos letargos, en esos viajes de sensualidad. Sólo en el clímax del amor creo que ocurre algo similar.

»En esto no veíamos algo prohibido, porque nosotros estábamos muy lejos de considerar vedado cualquier placer del que no se derivara mal alguno; simplemente lo juzgábamos como una impresión agradable de los sentidos.

»Trabajábamos todo el tiempo que soportara el cuerpo. Yo llegaba tan cansado a la casa que acostumbraba poseer a mi mujer como único muy de mañana, al despertar. Si uno lo piensa bien, puede llegar a la conclusión de que ese es el momento óptimo y vital del día, en el que las mejores mieses dan los mejores frutos.

»En nuestro paraje ocurría que, por su proximidad al cinturón del Sol, la primavera se extendía durante todo el año, en mayor o menor grado, irradiando con abundancia suprema en abril y mayo, y llevaba tanto a hombres como mujeres, más a éstas, a procurarse prolongados y continuos goces con la carne del otro ser.

»No es que brotara la primavera, sino que evidentemente lo que le ocurría a la naturaleza y al hombre era que de pronto había más primavera aún. Lo verde no nacía, siempre estaba ahí, pero un día se tornaba un verde diferente, verdoso verde.

»Así, había ocasiones en que los hombres a media mañana buscaban algún pretexto para regresar al hogar, y momentos en que aparecían las mujeres en los campos, trayendo consigo por lo general queso o dulces en almíbar, cuya ingestión terminaba en danzas a cuerpos semidesnudos sobre los prados o en retozos de amor en el río. Esto era usual. La felicidad también tiene esta forma si se recibe lo que se necesita y se deposita en otro ser lo mejor de nuestra vida y del porvenir.

»Un día alguien corrió el rumor de que se habían divisado a lo lejos, en la maleza detrás de la Gruta Azul, unas figuras como de hombres apenas vestidos y muy huidizos. Pienso que pudieron ser gentes de estas tierras o esclavos fugados, que con seguridad se alejaron demasiado de su guarida en lo espeso de los montes que se veían a lo lejos; pero también pudieran ser los nuestros corriendo unos detrás de otras.

»Nada nos llegó a faltar. Vino la plazoleta, que ya se estaba echando de menos, y un local para entretenimientos y reuniones. Adquirimos un butacón de piel curtida, acolchado, para mí.

»Armonía era la palabra. Todo fue demasiado ideal, perfecto, y con el hombre la perfección es peligrosa. He oído decir que los asiáticos siempre dejan de incluir algún detalle en lo que hacen, para no tentar a lo divino con la perfección de los mortales.

»Creé lo increado. El mal que arrastramos del otro mundo se fue empequeñeciendo y arrinconándose; dormitando en algún pliegue de los intestinos, que es el lugar de su preferencia. Duerme porque no muere: palpita.

»Nacieron seres humanos entre nosotros que no conocieron el odio, tal vez porque se les pidió su cooperación y no llegaron a ver otras supuestas necesidades. Floreció, dio lo que tenía que dar, lo que de él se esperaba, y todos amamos el lugar, amamos lo hecho, las casas, lo amamos demasiado.

»Hicimos el último viaje. Hallándonos situados lejos y satisfechos por nuestro propio trabajo, no eran necesarios los contactos con otros que nos podían envenenar con sus ideas y vicios.

»Adquirimos un gran cargamento de sogas, más equipos para cultivar la tierra; compramos pavos porque ya era hora, medicina, textos nuevos de preparados y técnica. Vinieron, al fin, *La ciudad del sol* y *La nueva Atlántida* «que siempre dan con largueza en todas ocasiones, allí donde van»⁹. Ese sería el final de nuestra relación con aquel mundo. De él no se le hablaría a los niños, prohibición acatada por todos.

»Por su parte, la gente del exterior ya comenzaba a murmurar sobre una Ciudad de Oro, un reflejo que se percibía desde el horizonte allá por los cayenríos hacia donde nos dirigíamos de regreso siempre para despistar curiosos.

»También hablaban de fabulosas riquezas. Se referían a lo único que para ellos era capaz de producir bienestar. La maldad ha hecho que estos hombres pierdan la capacidad de encontrar el esplendor dentro de sí y ayudando a los demás. Con ellos ya nada se puede hacer. Es tonto esperar buenas cosechas con malas semillas.

»En el puerto no nos separamos. Esa tarde, un numeroso grupo nos cortó el paso entre dos almacenes de los muelles. Nos prometieron que si hablábamos no habría problemas.

»Cuando les respondimos que no existían tales riquezas y que lo único que queríamos era vivir solos, no nos creyeron. La pelea duró un largo rato pero, excepto algunos brazos, costillas y cabezas rotas, no hubo mayores consecuencias. En cuanto terminamos de vender y comprar, zarpamos.

»Varios nos persiguieron, pero los pudimos burlar. En estas aguas no es difícil, si uno conoce ciertas rutas y corrientes particulares. Incluso si los más hábiles marinos lograban seguirnos por esta madeja de cayos y manglares, se detenían al llegar a cierto punto donde con fuerza el mar brotaba del propio mar alcanzando en momentos varias yardas de altura. La fantasía, como supimos por boca del doctor, los hacía imaginar emanaciones que adormecían a tripulaciones completas desapareciéndolas más tarde, o volcanes, o la respiración de una enorme serpiente oculta, o el límite de lo humano.

»Entre estos misterios nos escabullimos nosotros, guardamos el secreto de que aquello no era más que un extraordinario manantial de agua purísima y tan potente que tornaba dulce el mar a su alrededor, y en el que se bañaba un tipo de dogo¹⁰ muy noble.

»Llegamos a casa y di orden de que luego de la descarga, el galeón fuera desarmado porque ya no volveríamos más al exterior. Instruí que con el

buque fueran colocadas a muy buen recaudo las pocas armas de caza que aún guardábamos. En esta labor no participaría yo. Era como tener que matar al mejor caballo o al más fiel de los perros. Encargué al señor William Duncan, el maestro de la salina, de informarme sobre la marcha y conclusión de los trabajos; pero nunca más indagué por ello, ni por el uso que se le dio a la madera. Duncan evitaba mirarme y yo a él.

»Luego comencé a sospechar que no se habían cumplido mis órdenes y que, por temor a lo que pudiera ocurrir, lo habían ocultado con las escopetas dentro, en algún lugar no frecuentado por mí. Esa idea me agradaba y disgustaba.

»Uno no suele aceptar con frecuencia esas situaciones de atracción y rechazo, sí y no, en las que se puede encontrar cierto sabor dulce si se conoce cómo manejarlas hasta el punto de prolongar al máximo una definición que termine con ellas y sobrevenga la catarsis.

»Los acontecimientos ocurridos con posterioridad sólo pueden tener una explicación a partir de este razonamiento.

»Quizá ellos siempre temieron que sucediera algo. La dicha, a veces, trae aparejada inquietudes así. Uno siente cómo alguien le sugiere al oído preocupaciones que impiden al corazón volar de alegría y salir de su noche.

»Llegó entonces noviembre del décimo año de nuestra estancia en la Isla. Vino con lluvia persistente y mar en rebeldía. Pasaron días de torrenciales aguaceros; tal parecía que el cielo era un océano agrietado. Las olas y el viento jugaban caprichosamente con los pinos, acostándolos cuando querían. La situación pasó de preocupante a peligrosa.

»Nos reunimos. Me tocó a mí pronunciar lo que todos esperábamos y nadie quería oír. Di la orden de trasladarnos hacia Gruta Azul, pero ninguno quiso moverse de sus casas a pesar de que juntos coincidimos en la justeza de la medida. Parece que todos pensábamos que cuando partiéramos, el pueblo iba a desaparecer como un espejismo... y quisieron correr la misma suerte que él.

»El comienzo de la siguiente semana nos llegó con un rugido del mar, como si se quebrara un dique, un sonido seco que nos despertó.

»Yo me dirigí de inmediato hacia la puerta principal de mi casa para salir y tratar, luego, de llegar a la calle a fin de constatar lo ocurrido con los demás y le dije a Clara, como aún oigo con perfección, que hiciera lo mismo, pero en el sentido contrario, es decir, hacia la cueva, por ser mucho más fácil debido a la protección brindada por el pequeño bosque. Ella me miró como quien se despide para siempre y yo la besé largo en la frente sin pensar que ahí estaba terminando todo entre nosotros dos.

»Cuando logré abrir la puerta dejando atrás el llanto de mi mujer, que se lo llevaba el vendaval, lo que se presentó ante mí me dejó paralizado.

»Puertas, ventanas, muebles de los que recordaba el momento preciso en que habían sido hechos, y restos de animales eran arrastrados en remolinos por la tierra, cubierta en su casi totalidad de desperdicios de toda índole, que se movían en una danza macabra antes de subir a lo alto del cielo.

»Mi casa, por estar situada al final de la calle, contraria al viento y muy cerca de la arboleda, se encontraba en cierta medida protegida de los embates

directos. Era como si la fuerza del aire fuera filtrada por una rejilla que la amortiguaba.

»Se sobrepuso una pequeña calma y escuché alguna voz que pude distinguir después, aunque no entender. Sospecho, cada vez con más convicción, que estaba oyendo las últimas palabras de Clara Kimball Young. No la vi más. Nadie más la volvió a ver, ni viva ni muerta. Desapareció en el aire para siempre.

»Decidí dar media vuelta y dirigirme hacia la atalaya. Pensé que quizá, por estar colocada en la misma posición que mi casa, pero más adentrada en el bosque, no hubiera cedido aún y pudiera resistir.

»Si lograba llegar a ella y golpear con fuerza la campana era posible quebrar el ventarrón a fin de que, quienes quedaran con suficientes fuerzas, escucharan y se aproximaran de alguna forma al pie firme de la torre, para luego organizar y ejecutar el rescate y dirigirnos por fin hacia la gruta, hasta que mejorara el tiempo.

»De tronco en tronco y por instinto, me acerqué a la atalaya. Por el camino pude ver reses que tenían días de muertas y otras a las que ya no les quedaba mucho de vida. Eran siluetas inertes, con sus ojos abiertos. Aunque parezca extraño, los animales descompuestos aún no hedían.

»Como la escalera que le construimos en el interior y la forma de la torre eran triangulares, el ascenso en aquellas condiciones no sería penoso, máxime cuando el viento me batía de espalda, obligándome a apretarme contra los travesaños.

»La subida fue difícil, de todas formas. Debí vencer, con los brazos y el empuje de las piernas, la resistencia del aire. Un nuevo temor comenzó a apoderarse de mí. La madera que formaba la andamiada crujía como si una máquina invisible estuviera triturándola.

»Sin detener el ascenso valoré mi situación. Era imprescindible llegar a lo más alto, pero quizás la atalaya no resistiera y se desplomara. Decidí continuar, estimulado sobre todo porque sólo faltaba una distancia corta para alcanzar la cima.

»Al sobrepasar el último peldaño me incliné para arrastrarme por el piso, hasta que logré colocar el cuerpo dentro de aquella estructura de madera.

»En ese preciso instante la torre fue golpeada con fuerza lanzándome de lleno contra una de las paredes, y sentí la atalaya ceder de costado hasta ser detenida por algo en su inclinación.

»Volví a deslizarme e intenté con efectividad mirar hacia fuera. A centelleos vi que del pueblo ya no quedaba nada, por lo menos desde aquel ángulo en que me encontraba. Hasta ese momento pensé que mi esfuerzo por llegar a lo alto había sido inútil, pero cuando dejé de mirar hacia tierra para centrar mi atención en el mar, entonces mi apreciación cambió.

»Se podía notar con claridad, cuando la tormenta eléctrica arreciaba, que el mar se estaba contrayendo, retirándose de la costa a una velocidad increíble.

»De pronto, el viento cesó y me puse de pie. Una iluminación, me atrevo a decir que incluso íntima, me fue llenando hasta que miré al cielo y noté cómo la atalaya había perdido el techo y por ende la campana, quizás con el último golpe, y se podía observar que las nubes se iban apartando con premura,

descubriendo la mayor luna vista jamás. Algo me decía que debía huir, acopiar todas mis fuerzas y emprender una desesperada carrera hacia la gruta. Pero no podía moverme.

»Entonces relampagueó todo el horizonte y allá, lejos y cerca de mí, en lo más alto de la cima de un huracán de remolinos que crecía y crecía, llamándome, condenándome, maldiciendo impasiblemente mi existencia, se encontraba el *Bruja* con el velamen desplegado a todo trapo, encendido por el fuego de San Telmo.

»No era necesario más. Comprendí que en cualquier momento aquel volcán estallaría y el mar se lanzaría en una avalancha, en una magistral cruzada contra la tierra en busca de lo que antaño le fuera arrebatado.

»Emprendí el descenso, facilitado ahora por la inclinación que tomó la torre en mi favor. No bien había bajado unos cuantos escalones, cuando me encontré en medio de una maleza de pinos. Éste era el motivo por el que la atalaya no se había desplomado: después de perder estabilidad por el golpe del viento y caer, había sido detenida en su trayectoria por una barrera de troncos que la apuntalaron.

»Unas veces colgándome, otras introduciéndome por el ramaje y siempre con todas mis fuerzas y lo más rápido posible, logré llegar nuevamente a los escalones y terminar el descenso para emprender de inmediato una carrera hacia la cueva.

»Los músculos de las piernas se me endurecían y, de los hombros y el pecho, flagelados por las ramas que no podía evitar, me brotaron hilillos de sangre que la lluvia licuaba para desaparecerlos al momento. No me atrevía a volver el rostro y ver lo que estaba ocurriendo a mis espaldas.

»Perdí el equilibrio y rodé por el suelo a unas yardas de la entrada de la cueva. Tenía los tendones tensos, muy tensos, y al menor movimiento el dolor me doblaba. Las fuerzas me flaquearon.

»De súbito, todo estalló y sentí como si algo me succionara. Auné el resto de mis últimas energías, vencí el dolor y la fatiga, y arrastrándome, a gatas, corriendo, trepando y saltando cuando la ocasión lo requería, logré llegar a la gruta, introducirme a tropezones desesperados hasta lo más profundo posible y apoyarme contra una de las paredes opuestas al mar.

»En ese momento toqué algo frío, algo humanamente frío y húmedo, como la piel, e iba a emprender una nueva huida, cuando otras manos se asieron a mí y alguien me habló o eso supuse. Comprendí que eran los sobrevivientes que reclamaban algo de mí.

»Les ordené, como pude, que los que aún no lo habían hecho se colocaran inmediatamente junto a la pared en que yo estaba. Ellos aún no conocían que el final se avecinaba.

»Entonces, parece que un muro de agua chocó contra la colina que formaba el exterior de la cueva. Por la entrada penetró un chorro brutal como fauces desesperadas dispuestas a dar un mordisco único y total a su presa; pero que ya llegaron vencidas a nuestros pies. El monstruo de agua exhaló e inició el repliegue, un velo de espumas exhaustas en la retirada.

»Aspiré profundo, me llevé las manos al rostro y me dejé caer hacia atrás, apoyándome en la pared. Ya estaba saciado el mar. Todo había concluido.

»Quedamos pocos, los que habían logrado llegar antes a la gruta y yo. En total casi ocho, porque había una mujer y un niño. Quedamos ocho y los restos de una casa, la mía, donde ya no se encontraba Clara. Quedó la primera casa levantada, la hecha cuando aún teníamos rezagos de lo vivido en otra parte, donde si ocurren estas cosas no importa. *The best laid schemes o' mice an' men Gang aft a-gey*¹¹.

»Sentí un murmullo a mi lado, oí de alguien un «que estás en los cielos». Empezó el tifus. Sobreviví sólo yo, que aún no tenía nada que morir... magical mystery tour is coming to take you away, coming to...¹².

1 Este cuento forma parte del libro *Según la noche*, que en breve será publicado en Cuba.

2 Salvo la supresión de reiteraciones inútiles, el texto es traducido literalmente del inglés. Se inicia entrecortado debido a que el diálogo con Nils comenzó a ser grabado en el *leader* de la cinta. (N. del T.).

3 En castellano en el original. (N. del E.).

4 Nunca se tuvo noticias del diario de a bordo del *Philantropist*, de Robert Owen y el nombre de Holgersson no aparece jamás en los relatos de esa travesía, ni en los referidos a la edificación de la granja de los utópicos en América; pero por la narración se puede llegar a inferir que Nils no fue sólo un tripulante más de ese buque. (N. del A.).

5 Dañada la cinta. (N. del A.).

6 Pese a que Nils así lo asegura, no existe otra referencia anterior sobre el texto de Platón, ni al comienzo en ni en la parte dañada que recuerdo perfectamente. (N. del A.).

7 Juego de palabras del sur de Escocia referido a que muchos pequeños *mickles* terminan siempre por llegar a

ser más que *suficientes*. Holgersson continua luego empleando formas dialectales a lo largo del relato. (N. del T.).

8 Este nombre se repite en la relación, pero más adelante introducirá el de William Duncan, quien pudiera ser el que realmente ocupara el lugar de uno de los Farnum mencionados. (N. del E.).

9 Son títulos de Campanella y Bacon. A este último pertenece la frase entrecomillada. (N. del T.).

10 Debe referirse al manatí, abundante por entonces en la desembocadura de los ríos, aunque es la primera referencia conocida a su hábitat en este mar tornado dulce. (N. del A.).

11 Es *llallans*, forma dialectal del sur de Escocia, y pertenece al poema de Robert Burns (1759-1796) *To a Mouse, on turning her up in her Nest with the Plough*, donde se refiere a que «los planes mejor organizados de los ratones y los hombres, a menudo se pierden». Antes (nota 6) Holgersson también emplea giros propios de esta región que, pudiera sospecharse, constituye su lugar de origen. (N. del T.).

12 Fragmento de canción contenida originalmente en la cinta sobre la que se realizó la grabación. (N. del A.).